



AÑO X.

HABANA, SEPTIEMBRE 16 DE 1894

NÚM. 32

EL FIGARO

Periodico Literario y Artístico



MADAME CASIMIR PERIER. — ESPOSA DEL ACTUAL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA.

SUMARIO

Texto.—Gracias.—Napoleón crítico, por Enrique J. Varona.—El Conde de París.—El Dr. D. Eusebio Hernández, por Nicolás Heredia.—Angelus, poesía, por Lola Rodríguez de Tió.—La mora, por Federico Villoch.—Hada del Monte y del Monte, por El Conde Fabián.—Ocaso, poesía, por Abelardo Farrés.—Fondo y amenidad, por N. Bolet Peraza.—Aventura de las hormigas, por Esteban Borrero Echevarría.—ALBUM FEMENINO: señorita María Luisa Herrero, por Enrique Fontanills.—CUENTOS PARA EL FIGARO: El cuarto cerrado, por Jean Lorrain, trad. del C. K.—Caballero del siglo XVI: cuadro de Aurelio Melero.—Al toque de Angelus, poesía, por Alejandro A. Florez.—Gacelines, por Monte Carlo.—En un album, por César de Madrid.—Estadística de la prensa.—Crónica, por *Mefistófeles*.—Retazos.—Anuncios.

NOVELA DE EL FIGARO: La aventura de Ladislao Bolski, por Víctor Cherbulez, traducida por Enrique José Varona.

Grabados.—Mme. Casimir Perier, por Taveira.—Conde de París, por M. C.—Doctor Eusebio Hernández.—Niña Hada del Monte, por Taveira.—Ilustraciones de Fondo y Amenidad, por *Mefistófeles*.—Señorita María Luisa Herrero.—Cuadro de Melero, por Spencer.—Niño Manuel Carranza, por Taveira.

PORTADA, por Amata.—Adornos y viñetas: dibujos de Cilla, Domingo y Henares, y fotografías de Laporta, Taveira, Manrique y Spencer.

GRACIAS

La redacción de este periódico envía las gracias más expresivas a todos los artistas que tomaron parte en nuestro concierto del domingo, por la espontaneidad con que accedieron a la petición que los dirigimos y el interés con que contribuyeron al éxito de la fiesta.

A cuantas personas concurrieron a ella hacemos extensiva nuestra gratitud, y también a las que el lunes fueron a bordo del BUENOS AIRES a dar a nuestro querido director la última despedida.

Napoleón crítico



AY que rendirse á la moda. Porque, cuando se pierde el tiempo en discutirla, lo que resulta es que acaba uno por seguirla, de lejos y mal, pero de todos modos por seguirla. Se va con la moda atrasada, pero siempre con la moda. Algo de eso puede resultar al autor de este artículo.

Ya hace algún tiempo que Napoleón, el corso, está de moda. Parecía difícil desentrañar un Bonaparte inédito ó siquiera algo inédito de Bonaparte. Pero el ingenio humano es inagotable, y una vida de hombre es diamante que se puede tallar en innumerables facetas. Debe sentirse un cosquilleo muy agradable en el lóbulo del amor propio, cuando se lanza al mundo esta noticia: "Cervantes teólogo."

O cuando se imagina uno conmovidas todas las sociedades científicas con este anuncio: "Dante transformista."

Napoleón, rayo de la guerra, era asunto muy manoseado. Napoleón estadista, Napoleón diplomático, vejez. Todo el mundo se sabía de memoria á Napoleón, autor del Código Civil. Ya conocíamos á Napoleón fatalista, á Napoleón casamentero, á Napoleón polizante. Tanto lo conocíamos, que lo teníamos olvidado. Pero viene Taine, y nos da á Napoleón condottiero. Es como una resurrección. Se conmueve la familia, se despiertan los admiradores, y entran en campaña los inventores de novedades. Las cartas del emperador brotan como hongos. Lluven las memorias de unos que se le aproximaron y de otros que lo vieron pasar. Después de la historia, le ha tocado su turno á la chismografía. Todo el mundo quiere tener su reliquia del santón. Y, como es justo, también la literatura. No ha mucho que se publicó con gran pompa una pequeña novela, pasatiempo de juventud del futuro conquistador. Bastante insípida y quizás no muy auténtica. Faltan aún versos de Napoleón; pero ya vendrán.

Entre tanto quiero llevar mi piedrecilla para el zócalo de la estatua que habrá que erigir á Napoleón literato. Declaro, desde luego, para tranquilidad de mi conciencia, que no exhibo ningún hallazgo. Los lectores del *Mémorial de Sainte-Hélène*, que han sido tantos, darían fácilmente con la mina. Y los de otros libros también. Pero me ha parecido interesante ver ante un espíritu ciertamente extraordinario una obra de otro espíritu poderoso y muy disímil.

Refiere el autor del *Mémorial* que una noche, después de comer, el emperador leía á sus contertulios el *Tartuffe*. Se sintió fatigado de la lectura, dejó el libro y empezó á discurrir, pontificando de crítico. "Ciertamente, dijo, el *Tartuffe* en conjunto revela la mano de un maestro. Es una de las obras capitales de un hombre inimitable. Sin embargo, esta pieza está marcada con un sello tal, que no me sorprende absolutamente que su representación diera margen á complicadas negociaciones en Versalles, é hiciera titubear no poco á Luis XIV. Si de algo de-

biera sorprenderme es de que la haya dejado representar. A mi juicio, presenta la devoción con colores tan odiosos; cierta escena ofrece una situación tan decisiva, tan por completo indecente; que, por mi propia cuenta, no dudo en decir que, si la pieza se hubiera compuesto en mi tiempo, yo no habría permitido su representación."

De buena escapó Molière. No deja de ser curioso ver á Bonaparte tomar la causa de los falsos devotos con más calor que Luis XIV; y si no hubiera tantas pruebas del franco espíritu de dominación que se encarnó en el conquistador corso, este rasgo bastaría para ponerlo de relieve. En manos de Napoleón todas las pasiones, todos los intereses, todos los prejuicios humanos eran instrumentos para domar y someter. Quería ser y sabía ser el amo. Hipnotizó al pueblo con su gloria y sedujo á los grandes con títulos y millones. Restauró la religión oficial para dominar, y para dominar instituyó el Código Civil. El mismo lo ha dicho con su admirable cinismo, escribiendo á su hermano José: "Estableced el Código Civil en Nápoles; todo lo que aún no os es adicto, se destruirá en pocos años, y lo que queráis conservar se consolidará. He aquí la gran ventaja del Código Civil. . . . Consolida vuestro poder. . . . Esto es lo que me ha inducido á preconizar un Código Civil y me ha llevado á establecerlo."

Su seguro instinto de domador le hacía descubrir la semilla enterrada en los bellos alejandrinos de Molière. Como el arzobispo Harlay, como Bourdaloue, como el mismo Bossuet, Napoleón descubría, á través de los tiros contra la hipocresía, la saeta que iba contra el corazón de la doctrina que predica la sumisión, el desasimiento de todos los afectos terrenos, y deja al hombre, ocupado de su salud eterna, indiferente ante las usurpaciones de los que se ocupan de su salud temporal. No pretendo convertir á Molière en libre pensador á la moderna; pero, á sabiendas ó no, es difícil condenar más elocuentemente el cristianismo, que en la exclamación decisiva de Cléante, después que Orgon le ha enumerado las santas enseñanzas de Tartuffe. Orgon mira el mundo como un estercolero; ha aprendido á no poner su afecto en nada, á desasirse de la amistad; vería impasible la muerte de hermano, hijos, madre, mujer. Y Cléante le responde:

"*Les sentiments humains, mon frère, que voilà.*"

Es la humanidad contra el ascetismo. El soplo del renacimiento ha pasado por allí, y con él han venido efluvios de la hermosa y noble doctrina que elaboró la antigüedad helénica y esparció la romana. Todos los cristianos rígidos, de corazón ó de boca, se amotinaron contra el poeta. Y al cabo de siglo y medio, el déspota destrona lo comprendía que él se hubiera puesto de parte de los conjurados; porque para él procedía como perturbador peligroso el que osaba tocar, aún de soslayo, una religión que declara bienaventurados á los mansos y quiere estar siempre en paz con el César.

Cuando los emperadores gastan sus ocios en actuar de críticos, no pueden, aunque quieran, salirse de sí mismos. El César Napoleón hubiera interpuesto su veto á *Tartuffe*. El kaiser Guillermo II encuentra abominable á Zola, y prefiere á Ohnet.

Septiembre, 94.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

EL CONDE DE PARÍS.

Luis Felipe Alberto de Orleans, conde de París, hijo de Fernando, duque de Orleans y de la princesa Elena de Mecklemburgo-Schwerin, nació el 24 de agosto de 1838 y falleció en Londres, en su residencia Stowe-House, el sábado 8 del corriente mes. A los 6 años de edad quedó huérfano de padre, y la princesa Elena encargóse, directamente, de la educación del que más tarde, á la muerte del conde de Chambord, recabó para sí la corona de Francia. Cuando la revolución del 48 destronó á su abuelo, fué condenado á un destierro que duró 23 años. Al estallar la guerra de separación en los E. U. ofrecióse á Lincoln, para combatir en pro de los esclavos, y estuvo en campaña dos años, como relató después en un estudio que acerca de esa guerra publicó en la *Revue de deux mondes*. Hecha la paz, regresó á Kingston y el 30 del mayo del 64 casóse con Isabel de Orleans y de Borbón, hija del duque de Montpensier, con la que tuvo 6 hijos: M^a Amalia, actual reina de Portugal; Luis Felipe Roberto; Elena Luisa; M^a Isabel; Luisa Franc^a, y Fernando Francisco. Hace poco, junto con su hermano el duque de Chartres, visitó esta isla.



El Dr. D. Eusebio Hernández

Con ser ya viejo y muy profundo el cariño que siento por la persona que me inspira estos renglones, el elogio no ha de rebasar ni una línea de los límites que la razón marca á mi pluma. Ciertamente es que mi amistad con el Dr. Hernández es muy estrecha, que desde temprana edad nos estimamos, pero este es precisamente un dato que me habilita para fundar mi juicio, no en una observación accidental ó pasajera ó en el aspecto exclusivo que hoy puedan revestir sus cualidades, sino en el desarrollo armónico, persistente y sucesivo de las mismas. Y empiezo por decir que siempre he visto en él á un hombre de sentimientos generosos, de inteligencia clarísima y de inaudita perseverancia en sus propósitos.

Juntos pasamos por el Instituto de Matanzas, en días muy revueltos para Cuba. Luego tuvimos hogar común, cerca de cinco años, en una posada madrileña. La índole diversa de nuestros estudios no fué suficiente á separar nuestros espíritus ni á ocultarme tampoco la consagración, el fervor que Eusebio Hernández dedicaba á su carrera. En la casa de huéspedes era yo tal vez el único que estudiaba Leyes, pues todos, ó casi todos, mis compañeros de techo y mesa se consagraban á Esculapio. Guillermo Mesa y mi hermano Joaquín, muertos ambos en lo más florido de sus años, Vicente Muñoz Barreda, actualmente en Filipinas; el Dr. Otazo, hoy en Cárdenas, en donde ejerce su profesión con éxito merecido, y tantos otros que sería prolijo enumerar, se agrupaban, como fieles discípulos, alrededor del eminente Dr. Ezquerdo, el primer alienista de España, cuyas monomanías más características eran el amor á los locos y un culto fervoroso á Ruiz Zorrilla.

Hasta yo me sentía arrastrado por aquel Dr. original, de enorme melena y patillas largas y revueltas, que al ver la soledad de mi intelecto en medio de tanta anatomía y tanta terapéutica, proyectaba sobre mí, de vez en cuando, algún rayo de luz literaria, hablándome de Cervantes y el *Quijote*, con tan seguro juicio y tal copia de observaciones ingeniosas que me dejaba pasmado al considerar la extraordinaria flexibilidad de su cerebro. Amando como amaba á los dementes, el tipo del desequilibrado caballero le ofrecía un argumento poderoso para probar su tesis favorita: la superioridad moral del loco comparado con el cuerdo.

Yo no puedo olvidar esos días serenos de mi vida, esas horas amenas compartidas, saboreadas con tantos amigos excelentes que solían practicar, cuando la ocasión lo demandaba, los ideales comunistas en materia de intereses; esas horas de demagogía juvenil en que hablábamos de Cuba comentando sus dolores y esperanzas, destronábamos al rey Amadeo de una plumada, proclamábamos la república en Rusia y Alemania y zurrábamos de lo lindo á Castelar por sus evoluciones y desmayos.

Después nos separamos. Hernández tomó su título y se marchó á los Estados Unidos. Esta es quizás, y en cierto sentido, la página más interesante de su existencia, la que mejor traduce las condiciones esenciales de su carácter, pero como su labor en tal época pertenece á la historia de Cuba, á la historia me atengo para que, en su día, imprima sobre esa tela la correspondiente pincelada.

De ahí en adelante dedicó toda su actividad á su profesión y presintiendo sin duda la hermosa frase de Varona, que dice: "si hay un modo solamente de amar á Cuba, hay muchas maneras de servirla," pidió á la ciencia sus tesoros para servir también por ese lado á su país. Fué á Centro-América, y en Tegucigalpa explicó la cátedra de Física Médica. De Honduras pasó á Francia, en donde se dedicó, durante seis años consecutivos—sin excluir domingos y días de fiestas—á la especialidad de partos y ginecología, bajo la dirección del famoso Dr. Pinard, que lo consideraba como uno de sus discípulos predilectos. En car-



ta de 18 de diciembre del año próximo pasado, le dice: "car je vous considerais comme faissant partie de la maison." En otra hace constar "que es una de las mejores columnas de su clínica."

Para completar sus estudios necesitaba visitar á Alemania, que, según González Serrano, "es la patria sin fronteras de todas las ideas." En Berlín practicó con los doctores Martín y Mackenrodt. Allí—y muy especialmente con los datos clínicos que Mackenrodt hubo de facilitarle—adquirió materiales para los un trabajo muy notable y concienzudo. En efecto, al volver á París publicó su *Traitement du cancer de l'utérus gravide*, que dió solución, apoyándose para ello en las observaciones del sabio profesor alemán y en otras de su cosecha, á un problema muy árido y hasta entonces muy oscuro de ginecología operatoria. (*)

No es esta la única contribución intelectual que ha pagado á su carrera el Dr. Hernández, pero considero inútil insistir sobre sus demás trabajos de esa índole, porque carezco en absoluto de los conocimientos indispensables para juzgarlos y porque estas líneas no están dedicadas á un periódico profesional, sino literario. Esto aparte, sus triunfos en la especialidad que cultivaba son públicos entre nosotros.

El Dr. Hernández, como médico, es una personalidad saliente y distinguida que honra á su profesión y á su país. Del hombre algo he dicho: es la personificación de la benevolencia, de la cortesía y de todas esas cualidades elevadísimas que forman un espíritu noble, un carácter íntegro y un perfecto caballero.

NICOLÁS HEREDIA.

(*) En su número correspondiente al mes de agosto de este año ha empezado á reproducir este trabajo la importante revista que, con el título de *Annales de Gynecologie et d'Obstetrique*, dirigen en París los doctores M. M. Pajot, Tillaux, Pinard y Leblond.

* ANGELUS

La tarde va declinando
por la tristeza velada:
todo reposa, en los valles
reina deliciosa calma.

Las aves en la arboleda,
pliegan al punto las alas
buscando el caliente abrigo
del nido oculto en las ramas.

Duermen los verdes collados
que las flores embalsaman
y esparce el fresco rocío
sobre la tierra sus lágrimas.

El Héspero entre las nieblas
presenta su frente cándida
y con fúlgidos destellos
deshace las sombras vagas

que deja, al morir, el sol
en el seno de las aguas.

Todo es paz, todo es misterio
en el llano y la montaña,
nada perturba el encanto
de dos soñadoras almas

que vislumbran en su anhelo
celestiales esperanzas....

Con lento paso camina
la pareja enamorada,
cuando de pronto el tañido
de la solemne campana

llega á su oído, vibrando
como ronca voz que clama,
y conmovidos elevan
la dulcísima plegaria
de dos corazones puros
que creen, esperan y aman!

Eclos perdidos que el viento
lleva á lo azul en sus alas,
con los místicos acordes
y las notas consagradas
que del órgano sonoro
en raudales se dilatan,
mientras el toque del Angelus
se oye en la iglesia lejana!

Sept. 94.

LOLA R. DE TIO.



La mora

ERA á la caída de la tarde. Gustavo y yo acabábamos de comer, y para hacer la digestión nos fuimos á dar un paseo á lo largo de la costa. El hotel levantábase pegado á ella, mirando sus balcones al mar.

El plus soltó nuestras lenguas y nos pusimos á hablar de infinidad de cosas, acabando por ocuparnos de literatura.

Luego que él me explicó el plan y me recitó un canto de un poema que estaba componiendo, me tocó mi vez y le dije:

—Pues voy á hacerte un cuento y tú me dirás si te parece que lo escriba.

Nos sentamos en dos rocas que las rompientes habían despuntado, encendimos nuevos cigarros, y acariciados por la brisa, el rumor del océano y el perfume de nuestros tabacos, empecé:

—Hace unos veinte años, los vecinos del pueblito de H..., al abrir sus puertas una mañana, vieron á la entrada del valle, sobre el que aquél se asienta, que una caravana de gitanos había plantado allí sus tiendas. ¡Los moros! como sabes tú que el pueblo les llama, procedan de donde procedan, empezaron á desparramarse acá y allá, ofreciéndose para componer calderos y decir la buena ventura, no sin infundir temores entre la mayor parte de aquellos ignorantes campesinos.

Si yo escribo el cuento, algún día, aquí llenaré un par de cuartillas con la descripción de aquel abigarrado campamento formado de sucias tiendas de lona, entre las que hociqueaban algunos cerdos, y cerca de las que pastaban una escuálida vaca con su ternero y un mulo viejo, propiedad de la familia.

Poco á poco los moradores de H... fueron perdiendo el miedo; ya á los cuatro días los moros entraron en negociaciones, y sacando muy buenos pesos de sus mugrientas bolsas, compraron algunos añejos, allí que estaban casi regalados, y vendieron, por su parte, buena cantidad de baratijas entonces muy limpias y relucientes, pero que á poco de abandonar ellos el lugar, empezaban á ennegrecer.

El caserío cambió de aspecto durante la permanencia en él de aquellos desarrapados bohemios. De aquellos inofensivos é ignorantes cobrábanse el desprecio y la burla de que eran objetos en las ciudades y las villas, y apurando el catálogo de sus zalamerías, andaban de aquí para allí como en su pueblo nativo. Prodigaron á diestro y siniestro las más halagadoras profecías; dentro de poco tiempo todo el mundo iba á ser allí rico y dichoso, según lo que habían leído en el destino de cada uno y en razón directa de las buenas pesetas que se iban embolsando.

Una tarde llegó á la puerta de una miserable casucha habitada por dos negros viejos, marido y mujer, una de las hembras de la tribu, con visibles muestras de un embarazo adelantado. Era una mujer recia y fornida, de ojos y cabellos negros y curtida por todos los ardores; uno de esos tipos de bohemia, de cuyas palabras y de cuyos menores movimientos despréndese esa languidez indiferente que deja cruzar los acontecimientos sin protestas, que todo lo aceptan y que todo lo olvidan, y que parece que sólo guardan, como recuerdo, el roce sutil é impalpable que las noches y los días han impreso en sus frentes.

La negra se encontraba á la sazón sola en su bohío.

Ya habían ella y la mora tenido antes otras entrevistas, pero de simple trato comercial, así que entraron en conversación como conocidas.

—Luciana—le dijo la mora—voy á pedirte un favor y creo que me lo concederás.

—Vamos á ver—contestó la negra.

—De hoy á mañana, ó tal vez esta noche voy á salir de mi cuidado. ¿Quiéres tú hacerte cargo del chiquillo, quedarte con él y cuidarlo hasta que yo vuelva y me lo lleve?

La negra la miró con sus ojos turbios y abrió la boca en que los dientes conservaban aún el brillo de su magnífico esmalte. Escupió luego una sucia bola de tabaco, se secó los gruesos labios con la palma de la mano izquierda, que restregó luego en la nariz, con uno de esos gestos propios de los ancianos de su raza, y dijo:

—Pero ¿y V. por qué no se lo lleva?

La mora, ó comprendió que la explicación era difícil ó estaba de prisa y se limitó á contestarle.

—No, yo vuelvo pronto. Y además te dejaré dinero para su cuidado, y te mandaré después con mis compañeros que crucen por aquí algo todos los meses, si me retrasase en volver.

La negra se encogió de hombro, murmuró: Bueno, y la mora se marchó.

Dos días después entregaba á Luciana, en la puerta del bohío, un envoltorio de trapos de donde se oía salir el quejido tenue y constante de un recién nacido, y al marcharse dejó á la negra, amarrados á la punta de un pañuelo, cinco pesos que, según ella, eran suficientes para unos veinte días, dentro de los que, ó volvería, ó le enviaría otro tanto.

Ni mandó nada, ni volvió más.

Era una niña.

Allí, en el bohío de Luciana y *Papá Congo*, su marido, creció, revolcándose entre la tierra roja y siempre sucia de los lavados, cojiendo un catarro detrás de otro, hasta que se hizo fuerte contra todas las frialdades y las corrientes de aire; y engordando con la basura. Hecha una bola rodaba á veces empujada por los hocicos de los puercos, quedábase dormida otras junto al quicio de una puerta, y no pereció bajo los piés de los campesinos que allí entraban y salían á menudo, porque Dios proteje á los niños, y sobre todo si son gitanos.

Si á veces hacía pasar rabietas á sus ancianos protectores, otras les procuraba entretenimiento, y á fuerza de regañar con la chiquilla y de maldecir á su madre, acabaron por quererla, resignados á cargar con ella, pues no era cosa de arrojarla en medio de la calle. *Papá Congo* la hacía saltar sobre sus rodillas, rozando su caraza, curtida por el látigo de la esclavitud contra aquel suave terciopelo de las mejillas de la niña: su corazón fué ablandándose, y un día que aquélla cayó enferma, comprendió que la quería mucho y que sería muy desgraciado si la muerte llegara á arrebatársela. Lo del bautizo fué cosa larga. Al fin la bautizaron, siendo padrinos los dos negros.

Le pusieron por nombre... Gracitud.

Pero *Papá Congo* murió al poco tiempo, y Luciana, de miseria y de tristeza, empezó á pasarse días enteros sin comer.

Gracitud enflaquecía. Se hizo huraña, y cuando un día un matrimonio rico, viejo y sin hijo, le abrió los brazos, se fué con él.

Aquello era otra cosa. La niña pareció como que se sacudía algo de encima; su carita redonda y morena, en la que sus dos ojos negros irradiaban una especie de sombra traidora, se suavizó con una sonrisa de satisfacción; al mes, en fin, era otra muy diferente de la que se revolcaba en el lodo de la cabaña de sus primeros protectores.

Pasaron los años. No hubo halagos que Gracitud no experimentara. Se hizo una señorita, una completa señorita bien educada, bien vestida, que hablaba muy bien, con un dejito así como de hastío que le sentaba á maravilla; que tocaba el piano con talento; pero que tenía inclinaciones raras, gustos por ciertos abandonos que no se podrían explicar sus protectores, gentes de pocos alcances, y á los que, además, el dinero había engordado bastante y embrutecido un poco, saturándoles, sin embargo, el corazón de ternura.

No tenía nada de rara Gracitud. Cuando se sentaba al piano gustábase tocar, sin que ella pudiese explicarse por qué, la música de Mignon, las ropsodias húngaras de Liszt, esas melodías bohemias que parecen compuestas de gemidos y que evocan al oír las, puestas de sol, llanuras desoladas, tristezas de la vida errante. Gracitud cerraba con dulzura los ojos al oír esas notas tal como si en ellas se meciese, arrullada, latándole el corazón con violencia, y abandonaba de súbito el piano para entregarse á una de aquellas frecuentes crisis que la ponían intratable.

Su corazón, que rebosaba, á veces, de un cariño sin causa hacia todo el mundo, otras era un búcaro vacío que no conservaba ni aun el aroma de las flores que en él se ostentaban. Odiaba y amaba. Reía como una loca; lloraba como una sin ventura. Sentía á veces deseos de romper sus ricos trajes de seda, otras reñía porque no iba con la moda, y era cada día más halagada y era ya dueña y señora de aquellos dos corazones, junto á los cuales había crecido.

Presentáronla en sociedad, como hubieran hecho por una hija, levantaron la casa, asentada ya en aquel pueblucho, y la pasearon por los salones. Era una belleza salvaje, dominante, independiente. Los hombres cayeron á sus plantas. Ella los miraba y reía; extrañada de que la amasen!

En los aristocráticos y elegantes salones á donde el dinero de sus protectores pudo conducirla, la hija de los moros era como la nota vibrante y aguda que señala la originalidad de una melodía, ella atraía las miradas, era la que se iba en el corazón de todos, y las otras mujeres deslumbradas á su lado, empujadas por yo no sé qué contraste que surgía al compararlas, adquirían ese aspecto que nos hace decir de una mujer con compasiva admiración:—¡Que buena! ¡Qué sencilla!

Su sonrisa constante, sus maneras raras en que se veía el freno de la educación, aquella mirada vaga del que contempla así como un desfile, señalábanla como una alma fuera de su centro; pero predestinada á llevarse el alma de los demás en su vuelo extraño y sin rumbo.

Su palco de la ópera fué el punto de cita de los jóvenes elegantes, el foco en que convergían todos los gemelos de la sala. Los ricachos del pueblito de H... redoblaron su cariño por Gracitud, que así les hacía gustar las delicadezas de la vida.

Pensaban ellos que al cabo se casaría la muchacha y que vendrían luego los chiquillos, un nuevo régimen, una nueva existencia para ellos, que comenzaban á morir.

Un hombre honrado la ofreció su mano; pero Gracitud se escapó una mañana con el tenor ligero de una compañía de ópera, y ¡adiós sueños de todos!

La cabaña de *Papá Congo*, con sus miserias; su vida cómoda y tranquila en casa de sus segundos protectores, y el palco de la ópera y la carretela del paseo, vieron reproducidos en el corto espacio de unos meses; el torbellino de la vida á que se lanzara hízola pasar rápidamente por todas esas alternativas. Luciana muerta de hambre, sus viejos protectores viéndola cruzar atónitos con el corazón despeñado, su primer y rendido galán que la hubiera hecho noble y honrada esposa, todo eso bordeaba la senda tortuosa por la que corría desalentada la infeliz.

Cierta tarde, una mujer destrozada y sucia, anciana y flaca, la pidió una limosna en la calle.

Una contrariedad cualquiera había agitado sus nervios, y, lejos de socorrerla, la apartó de su lado con un gesto despreciativo.

La mendiga la miró á la cara, como en un deslumbramiento, á los ojos, quiso detenerla, y no pudiéndola seguir, la gritó:

—¡Hija de gitanos, maldita seas!

Y ahí la tienes, con la perfidia de su raza en las venas y su corona de maldición en la frente, símbolo de la mujer del vicio, que insulta á su madre, sin saberlo, y que se impone á la sociedad, por la lástima, cuando arrulla: por la soberbia, cuando pisa. Esa es la mujer que tú me preguntaste anoche cómo sellaba y quién era....

FEDERICO VILLOCH.



Hada del Monte y del Monte

“Pasen los días rápidos, veloces:
cuando puedan romper tus manecitas,
sean estas líneas, con amor escritas,
el juguete primero que destroces.”

Dos meses contaba solamente Hada,—no Ada—cuando puse en sus manecitas rosadas esta estrofa. Presintiendo mi deseo, ella tiraba de vez en cuando de la frágil hoja que contenía mis versos, inútilmente: le faltaban fuerzas; pero ayer, ¡ay! el papel se rasgó en medio de la primera carcajada que ha dado al mundo la encantadora niña.

¡Lo que ha progresado en diez meses; las seducciones y las gracias que ha atesorado en trescientos días; lo que sabe el ángel adorador de Célida y Antonio!

Ya puede hacer daño, es decir, ya puede hacer mucho bien; ya puede destruir mis versos. Pero ha cumplido ella lo que le pedía, y no es poca suerte el haber proporcionado á tan divina criatura su primera diversión.

Yo me ausento, Hada, el buque me espera: dentro de algunos meses volveré.

Septiembre 10 del 94.



nas horas veré perderse en la lejanía la silueta de mi tierruca. Cuando vuelva de la vieja Europa, del hermoso país de las tradiciones y leyendas, quizá no te conozca. ¡Crecen los niños tan pronto y habrá pasado tanto tiempo!

Quizás también en tu pequeña memoria se borre el que ahora te concede la preferencia de sus posturas líneas, como el amante que se aleja, es la carta de la mujer amada la última que escribe. Pero no importa, tu volverás á quererme, flor de la mañana.

Ven á mí, monísima escultura de rosa; ven á decirme adiós. Ven, siéntate sobre mis rodillas, sonríeme y bésame. Con tus sonrisas, albores primaverales, quiero desvanecer la niebla de mis tristezas; quiero llevarme tus besos

en el alma, como rocío celestial, y yo, en cambio, diré en Albión, que si allá tuvieron la Ada de Byron, acá tenemos la de Célida.

EL CONDE FABIAN.



Ocaso

Hizo Dios á los hombres, sin duda alguna, por probar sus virtudes y sus flaquezas: colocó la desgracia con la fortuna, puso las alegrías con las tristezas.

Y los hombres, ansiando lo que se alcanza á fuerza de batallas y desengaños, corren locos en busca de una esperanza que en sus giros envuelta llevan los años.

Cuando caen rendidos, eco vibrante de dos voces, escuchan que los acosa: una que los anima, dice: *adelante*, otra que los detiene, grita: *reposa*.

Entre vagos temores, pierden el tino sin responder al eco que los persigue, y miran cuál se extiende largo camino sin agua que un instante su sed mitigue.

Así pasa la vida: llanos y cumbres van cruzando inseguros, con débil planta: atrás dejan recuerdos y pesadumbres, y la fe allá á lo lejos su cruz levanta.

Cuando al fin han traspuesto las altas cimas ¿á dónde vamos?—dicen—¡ay, quién lo sabe! cuando atraviesa el aire tras otros climas ¿quién adivinar puede dónde va el ave?

Vuela y vuela agitada, sin rumbo cierto, sin dejar de su paso huella ninguna, ¡feliz ella mil veces si llega al puerto, al impulso amoroso de la fortuna!

Feliz si al fin termina luchas y guerras, si deja atrás los odios y los rencores, y si bajo otro cielo y en otras tierras llorar puede el recuerdo de sus dolores.

Yo no sé qué es la vida, no la comprendo, de un lado la nobleza, de otro el engaño,

Sept. 1894.

A ARTURO RIQUELME

aquí la paz augusta y allí el estruendo y tras las ilusiones el desengaño.

Vivir, morir: dos cosas que el alma olvida, dos palabras contrarias que une la suerte: ¿quién sabe si la muerte trae la vida! ¿quién sabe si la vida trae la muerte!

Centro eterno y constante de las pasiones, corazón que en mí libras ruda batalla, si ya se dispararon las ilusiones, deja de atormentarme: palpita y calla.

Sigue, sigue afligido la áspera senda, que tus golpes certeros no han de matarme: ya arranqué de mis ojos la obscura venda, ya no te necesito para guiarme.

Ay, que aprisa vivimos! cual si los días no pasaran veloces en tiempo breve, aspiramos las dichas, las alegrías, llamando del hastío la dura nieve.

Así, con ansia ardiente, con furia loca, con la pasión mentida, siempre despierta, nada se saborea, todo se toca, hasta que el desengaño llama á la puerta.

Lanzando entonces gritos y carcajadas, como notas agudas que el aire hieren, se disipan las reinas, huyen las hadas, marchítanse los lirios, las rosas mueren.

¡Adiós, dulces ensueños! Adiós brillantes quimeras de la mente! morid de enojos, que sobre vuestras tumbas caerán bastantes lágrimas que se escapan de turbios ojos.

Ahí está la pendiente: con firme paso debes seguir la marcha, ya que caíste: el sol, cuando su lumbré lleva al ocaso, es mucho más hermoso, pero más triste.

ABELARDO FARRÉS.



Fondo y amenidad

HASTA los ingleses, cuya gravedad es proverbial, por lo que andan á la greña con sus vecinos los franceses, aparentemente superficiales y bromistas; hasta los gravesosos hijos de Albión, decimos, convienen ya en que la ciencia, si quiere alcanzar popularidad en los presentes activísimos tiempos, tiene que abandonar el pelucón y la toga, y aparentando trivialidad introducirse burla, burlando, en un público sin tiempo disponible para la lectura de disertar, profundas y técnicas lucubraciones.

No sospechará, por cierto, el lector, al echar una ojeada á los cómicos garabatos que ilustran los presentes renglones, que en ellos se trate cosa seria y mucho menos que sean de puño y lápiz del celebre Dr. inglés Mr. Lauder Brunton, lumbrera de la medicina moderna; pero en realidad la materia es de pura ciencia.

El objeto del eminente Dr. es presentar varias posiciones comunes del cuerpo humano en diferentes actos y averiguar el por qué esas posturas se asumen. Pudo en verdad, el autor, modelar con más perfección sus ilustraciones, pero cabalmente, el principal atractivo de su trabajo consiste en la curiosidad que despiertan en el lector esas figurillas entecas, que más parecen travesuras de chicos de escuela que dibujos científicos de todo un pozo de sabiduría, británico por más señas.

Sin embargo, fíjese bien el curioso lector en la propiedad de expresión que tienen los consabidos monigotes, y convendrá en que no son meros juegos infantiles, sino líneas de mano diestra y entendido ingenio.



Figs. 1.



2.

En la primera figurilla todo el mundo reconocerá al trajinante ocupado, que por las calles se va con la cabeza erecta, devorando el espacio con sus pasos de gimnasta, atropellando á todo verbo viviente con su impetuosa velocidad inicial, en ángulo ofensivo y defensivo el brazo vigoroso. No hay que preguntar si semejante individuo posee las condiciones de energía y actividad. Su postura es un signo de la acometividad que dan la salud, el vigor y la ambición. No podrá decirse lo mismo de aquel otro que marcha cabizbajo, bracciado, pernidoblado y cuyo cuerpo todo parece que va diciendo con la elocuencia de las líneas: "aquí llevo, como Dios me ayuda, este lánguido espíritu, esta depresión y debilidad humanas." Pero si un ojo médico se fija en la descuadrada figura, se dirá para su sayo: "débil circulación de la sangre; buena cogida te diera yo con tónicos y fricciones, para ponerte como nuevo!"



Figs. 3.



4.

Veamos ahora la figura 3. La cabeza levantada, las piernas cruzadas en elegante etcétera, los brazos descansando sobre los muslos. Nadie negará que ese corazón está estimulado por el contento ó por la esperanza. Y si no, mirad con qué *monchalance* atiende á los razonamientos de sus interlocutores. Es un modo de oír peculiar de los senadores ministeriales ó de los académicos recomendados por el gobierno. En ese estómago se cuece el presupuesto sin interrupciones; esa sangre circula á maravilla; ese corazón tiene el tic tac medurado de un cronómetro. Oye y no escucha. Su pensamiento vaga por las poéticas brumas de la vanidad satisfecha. Pero si de los labios de quien habla cae una alusión personal sobre la calva del oyente distraído, podrá verse el efecto eléctrico de la pulla en la figura 4. La posición del cuerpo ha variado notablemente. Ahora sí que no escucha como quien oye llover, sino que, derecha la cabeza, recto el busto, sobre las rodillas las manos, se prepara á lo que venga. El orador advierte la atención que ha despertado en su contrario, y le asesta la puntería de sus argumentos. Ya el cuerpo, en la figura 5 forma un ángulo recto, y las manos se han fijado con firmeza sobre los muslos. Mas no crea, no, el buen señor, que su contrincante le va á hacer gracia de la decisiva carronada. El mismo se conoce que la teme y aguarda, pues como se demuestra en la figura 6, el ángulo recto se ha convertido en ángulo agudo; la cabeza ha avanzado y la mano garfea nerviosamente la rótula, como si agarrase una bala de á cuatro para arrojarla á su confruncante.



Figs. 5.



6.

Ya en la figura 7 parece haber disparado su proyectil en la forma de un violento apóstrofe. No hay duda; la sangre se ha subido de un brinco á la re-

gión cerebral. En esta figurilla no verá un profano de la ciencia sino la actitud de un hombre excitado, mientras que cualquier estudiante de anatomía nos enseñaría cómo trazando una línea recta por el centro del cuerpo, de forma que representase el curso de las arterias aorta y carótida, vendría á parar á la parte anterior de la cabeza; por manera que la sangre impulsada hacia arriba en esta línea, proporcionaría nutrimento más bien á los centros motores que á los centros sensorios del cerebro.



Figs. 7.



8.

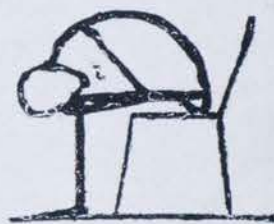
De esta manera va demostrando el Dr. Brunton que las diferentes posturas que en ciertas ocasiones tomamos, no son estudiadas ni convencionales actitudes, sino el externo efecto de una elaboración interna.

Observemos la figura 8. El cuerpo ha tomado una inclinación media, hasta permitir que el brazo, apoyado de codo en el muslo, lleve la mano á sujetar la barba. He ahí la imagen de la irresolución, de la duda, del pensamiento que se concentra para tomar una resolución decisiva. Con esta postura el sujeto solicita instintivamente que la sangre provea fácil y generosamente los centros sensorios del cerebro por la parte posterior de la cabeza, con lo cual se combate la debilidad general de la circulación.

En la figura 9 las piernas construyen un ángulo, el busto un arco; la cabeza se descarga sobre la palma de la mano. Es la posición del dolor reflexivo ó de la oración concentrada. Los hipócritas asumen esta actitud durante los oficios divinos, copiándola de aquellos fieles que efectivamente se engolfan en místicos pensamientos, los cuales, sin haber leído al Dr. Brunton ni haber asistido á los experimentos eléctricos de Tesla y Crookes, saben, y si no lo saben ellos lo sabe su instinto, que el contacto de la mano con las sienes ejerce un poder directo sobre los pensamientos, modificando la circulación en el cerebro ó los sentimientos en el individuo; cosa esta que parece patraña, pero que se ha visto confirmada como hecho físico por medio de las corrientes eléctricas. Una persona que se haya colocado dentro del campo eléctrico y en contacto con tubos que contengan varias sustancias fluorescentes, los llenará con un brillo de luz coloreada, con sólo mover las manos sobre ellos. Los tu-



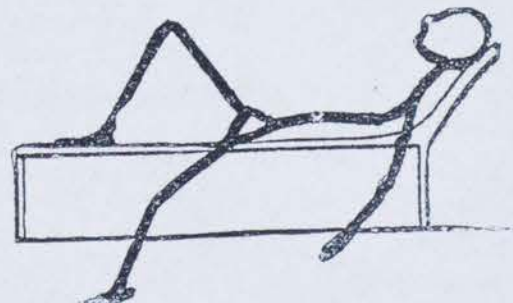
Figs. 9.



10.

bos, que antes estaban oscuros, deben su luminosa apariencia á la aproximación de las manos del experimentador, sin que éste se aperciba de que ninguna fuerza especial se ha escapado de su cuerpo.

Curiosos y frecuentes ejemplos de que estimulando las diferentes ramas del quinto nervio se aumenta la circulación en el cerebro, se mencionan por muchos escritores. Lord Derby, cuando por morosidad de la circulación no le venían las ideas, mascaba cerezas encurtidas; otros comen higos, los más fuman cigarrillos y los hay que no pueden escribir cosas buenas y lindas si no se apechugan á mascar tabaco! La generalidad de los alemanes se pellizca la nariz para estimular la inspiración, que no es otra cosa que la buena circulación; pero el tipo que expresa mejor esta necesidad de excitar el cerebro es el hombre rústico, que á poco que lo apuren por una contestación que no le viene, mete la uña á la mollera, escarba bien y hace brotar la idea, y á veces con la idea un algo, de aquellos algos que á Sancho incomodaban.



Figs. 11.



12.

La figura 10 nos presenta un sujeto que padece de extrema debilidad en la circulación, de esas que amenazan con el síncope. Con sólo asumir una postura de sereno que se duerme, el paciente obtiene una amplia provisión de sangre en los centros cerebrales.

La temperatura exterior tiene también su parte en las posiciones que el cuerpo humano adapta. Durante un ardiente día de agosto no nos quedan muchas posturas que escoger en el lecho, sino que por fuerza hemos de imitar á la figura 11, sin olvidar que la cabeza debe estar un poco alta, los brazos descolgados, la una pierna extendida y la compañera doblada en ángulo. Lógicamente con esta dispersión de miembros, exponer á la acción refrigerante del aire el distrito vascular del cuerpo, ó sea los vasos intestinales, ó en más inteligibles palabras: el horno donde se cuecen los elementos de nuestra fábrica mortal.

Cambie la temperatura, baje el termómetro unos cuantos grados, y se verá como el cuerpo va cambiando de posiciones, hasta llegar á la que se muestra en la figura 12, que sugiere la idea de un intenso frío. La explicación es que las paredes abdominales son apenas sencillos tabiques para abrigar la delicada madeja intestinal; verdadera construcción de verano.

Aventura * de * las * hormigas

(FRAGMENTO DEL CAPÍTULO IV)



MA, ya que hablé de tí, dulcísimo amigo de toda mi vida, Cervantes peregrino, y con tan poca reverencia invoqué, por causa baladí, tu memoria para mi sagrada, en la acepción que el amor reverente sabe dar á esta profunda voz, consiente que esconda, como lo hice tantas veces, mi cabeza fatigada en tu seno abierto siempre á toda emoción!

En las páginas de tu libro, para mí tan caro, confúndense las gozosas lágrimas, que, de niño yo, hizo brotar de mis ojos tu donaire no igualado, con las gotas de acerbo llanto que en mi ya larga vida de hombre hizo cuajar en mis pupilas la dolorosa decepción de tu vida, que en tu obra toda se trasparenta, ó mi propia flaqueza merced á ti reconocida, y contigo también llorada.

¡Ay! dicen unos que escribiste tu libro para combatir el gusto y desterrar el uso de los disparatados libros de caballería; tú, también acaso lo digas. . . . ¡No lo creo! Otros aseguran y estos creen ser los mas atinados—que quisiste combatir los cabalerosos excesos del carácter de los viejos hidalgos castellanos. . . . ¡No me persuadirán de ello! Hay en tu obra demasiada pasión para eso; con menos bastaba, y aquellos asuntos no hubieran podido inspirarla tan excelente. Los poetas y los soñadores como tú escriben cuando sufren: sus obras responden—aún en la forma que diste á la tuya—á los desgarramientos íntimos del alma: cuando sangra el corazón contemplando la maldad ajena ó la flaqueza propia contrapuesta al ideal de suprema perfección que acaricia; cuando, al extender los brazos amorosos para enlazar entre ellos esa luminosa forma, estrechamos contra nuestro seno que se hiela de amargura y de espanto, el descarnado y feo esqueleto, sólo entonces visible, de la realidad bastarda: cuando nos sentimos condenados á luchar perpétuamente con la fatalidad inexorable que nos desafía y nos burla; cuando el alma se inmola ante su ideal, lastimado, mutilado quizás, pero no vencido; pero no destruido; lleno de humanas generosas energías aun en aquel instante en que se exhala el dolor en lágrimas

en que brota del corazón y del labio la imprecación amarga, ó esa histérica carcajada en que hay á la vez risa y llanto: risa para cohibir el dolor que mataría; pero no alegría en el alma.

Tu libro no es una creación meramente literaria: cualquiera que sea la trama en que está con tanto realce labrada tu obra, tú empapaste con sangre de tus venas aquella urdimbre: tus personajes principales son de carne y hueso, y tienen el alma como la mía: aquel loco generoso, siempre descalabrado, ese eres tú, soñador, que en caricatura te nos muestras, pugnando siempre—con más vigor quizás después de cada derrota—por alcanzar el ideal soñado; y, Sancho, el mundo vulgar en que viviste, el mundo que recoge y cuenta con avidez los doblones de la maleta de Cardenio, cuando tú sin bajar la vista al suelo, persigues y buscas entre las sombras del bosque al hombre para hablar con él de tu amor y del suyo: aquel Quijote que cae al fin derribado por el caballero de los espejos, y que, desde el polvo sabe decir al vencedor: “Aprieta caballero la lanza”. . . . Ese eres tú también. . . .

Acariciaba tu alma las aspiraciones del hombre de refinada sensibilidad: y la fortuna te negaba hasta los goces más vulgares; ardía en tu mente la llama creadora del genio, aspiraba al aplauso, al amor, quizá, de tus coetáneos; soñabas con la inmortalidad que al hombre conceden tal vez las producciones literarias, y ensayaste uno y otro género, siempre en vano, eclipsado siempre por rivales más cultos ó más flexibles, que sabían interpretar ó adular mejor que tú el gusto literario de aquel momento, no que sintieran mejor y más bellamente que tú mismo: tu ingenio burlado en sus aspiraciones se revolvió contra tu propio corazón; clamó virilmente contra la gran injusticia que te hacía el destino, y con aquel clamor salió de tus entrañas, vivo y palpitante, con la vida y la palpitación del poeta que triunfa, tu libro, tu alma entera, con las alas manchadas aún de sangre; pero redimida del olvido y de la muerte!

Shakespeare, el Dante, Goethe, Leopardi. . . ¿qué son sino eso? ¿Por qué no tú también? . . .

ESTEBAN BORRERO ECHEVARRÍA.

Album femenino

Sta. María Luisa Herrero

Una de las bellezas más encantadoras de la Habana. Muy joven, muy graciosa y muy elegante, su presencia en el salón, en el teatro, en el paseo, en todas partes, se traduce en simpatías.

No es posible verla sin sentirse atraído mágicamente por esa figurita airosa, poética é ideal.

Alta y gentil, de porte aristocrático, caminaría por una senda de flores, sin deshojar, bajo sus plantas, ninguna flor, porque ella—como la princesita de un poema—sentiría llegar hasta su corazón las quejas de una flor que agoniza.

Yo no la conozco. Pero no es necesario para juzgarla, porque en ese rostro adorable, delicadamente pálido, yo he contemplado que la bondad vive en el fondo de las miradas de aquellos ojos hermosos, inspiradores, llenos de melancolía y de ternura.

La última vez que ví á María Luisa Herrero, me fijé en su *toilette*. Era toda de color blanco, el color de los ensueños aurorales, el color exclusivo de los vestidos de las mujeres de Sahara argelino, tan bien descritas por el infortunado Maupassant.

Fué para mí algo como una visión hechicera, de esas que obligan á cerrar los ojos, como para guardar egoístamente la impresión y alejarse rápida y falazmente de la realidad.

Hoy, al tomar la pluma, ganoso de tributar un homenaje á la linda señorita, encuentro torpe toda frase, pobre todo concepto, y sólo siento levantarse en las intimidades de mi alma un deseo vehementísimo, único y supremo: el de espigar entre flores, y escoger la más hermosa para arrojarla—como el heraldo de una belleza—á los pies de María Luisa.

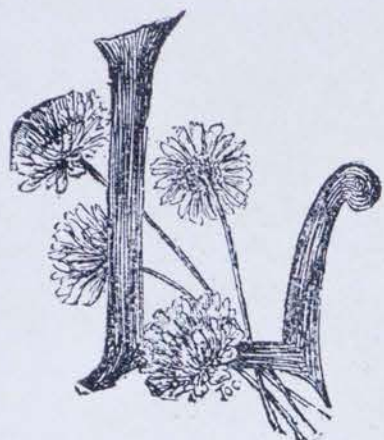
ENRIQUE FONTANILLS.



Cuentos * para * "El * Fígaro."

TRADUCIDOS POR EL CONDE KOSTIA

El cuarto cerrado



A hostilidad de ciertas casas y ciertas habitaciones de provincias, su aspecto mortuorio y cerrado, no habían sido nunca tan sentidas profundamente por mí, como en aquella triste y lluviosa mañana de octubre, cuando la puerta del cuarto alto, en donde el lacayo acababa de dejar mi maleta, se volvió á cerrar, sin que nadie la empujara, silenciosamente.

¿Que había ido á hacer yo, aquella triste y lluviosa mañana de octubre, en aquel pabellón perdido en los bosques? Yo soy el peor cazador del mundo, uniendo á una instintiva indolencia un horror casi físico á las armas de fuego; por lo tanto, ¿á qué idea más sana obedecía, yendo á las batidas en la selva del marqués de Hauthère y abandonando París, el *boulevard* y mi periódico, para enterrar-me vivo en esos sombríos bosques, la víspera de *Cleopatre* y del gran *debut* de Réjame en la comedia de Meilhac?

Yo creía—aunque me llamen loco—que cayendo, casi involuntariamente, en aquella selva desmantelada por el otoño y tan solitariamente extraña, era yo el instrumento de una voluntad desconocida, más poderosa que la mía y que jugaba allí, inconsciente, un personaje en un drama del Más Allá!

¿Quién pudo haber habitado en otro tiempo ese viejo pabellón Luis XIII, de alto techo de pizarras labradas á torno, y tan aislado y triste al borde de ese pantano lleno de hojas secas, en lo más profundo de los grandes bosques?

Pertenecía, hacía siglos, á la familia de Hauthère, y el padre del marqués actuallo había transformado en casa de guarda; en tiempo de caza alojaba allí á los invitados que no habían cabido en el castillo.

Yo había sido uno de estos; en cuanto llegué á la estación, un carricoche de granja me había recogido con mi maleta y mi inevitable *nécesser*, y llevado á través de un sendero de cepas húmedas, que me sacudía entre los surcos abiertos por otras ruedas, á la sombría encrucijada, mitad pradera, mitad cesped, donde se alzaba el pabellón de los bosques.

La casa de guarda de los marqueses de Hauthère, su extraño aspecto de angustia y de misterio á la orilla de aquella agua muerta, en medio de aquel prado de heno y yerbas que se pudrían bajo la lluvia, y las altas veletas de su lecho, que gritaban al viento de octubre, en medio del espeso silencio, silencio cómplice de las ramas adormecidas, como enguatadas de bruma, sin ecos y sin voz!...

Desde que entré en el alto vestíbulo, enlosado de blanco y negro, se acentuó la impresión de que penetraba en un drama desconocido; el cuarto que me habían designado estaba en el primer piso, y dos grandes ventanas, cubiertas de largas cortinas de antigua seda desteñida, la hacían vasta y clara en medio de la tristeza de aquel cielo ahogado de agua y de aquella selva hosca; y sin embargo, instintivamente, al pasar el umbral, anduve despacio, para no hacer ruido, como si entrara en el cuarto de un enfermo. Flotaba todavía allí, como un olor de éter viejo, rancio; en la lustrina pasada de las antiguas cortinas, sobre los sillones de un lujo viejo y frío, sobre el dosel de la cama y el mármol pulido de una consola vieja, el polvo parecía no haber sido quitado nunca, hacía lo menos un mes.

*Chambre étrange: on eût dit qu'elle avait un secret
d'une chose très triste et dont elle était lasse
d'avoir vu le mystère en fuite dans la glace....*

Estos exquisitos versos de Rodenbach han surgido después en mi memoria, á propósito de ese cuarto extraño, efectivamente, y que, de seguro, tenía también su secreto; un secreto y una pena, escondidos en el pasado de su melancolía; soledad y silencio, el gran silencio hostil que interrumpía hoy mi llegada, como invitado de esos bosques.

Pero impresión corta, pues me esperaban á almorzar en el castillo!

¿Cómo fué que después de un día pasado batiendo la selva, y después de diez y siete cabritillos matados con mi espíritu alegre por la dichosa distracción de una comida de veintidos cubiertos en el salón de casa de Hauthère, con la sangre alegremente inflamada por las cepas valiosas de una cueva famosísima y el pensamiento á cien leguas de las penosas impresiones de la mañana, me desperté á las doce de la noche, en cuarto de la casa de guarda, con la nuca sudorosa y el corazón afectado por el malestar más indecible?

Sintiendo los estremecimientos fríos de la muerte, me senté en la cama; se habían olvidado de cerrar las cortinas de las dos ventanas abiertas al pié de mi lecho, y en el cuarto, agrandado por el silencio, el fulgor de la luna, atravesando los claros vidrios, daba blandamente sobre el pavimento; en el cielo, tormentoso como un mar, batallaban las nubes, empujadas por un viento de oeste; y contra los vidrios, la lluvia otoñal, la monótona lluvia... Y de pronto, en el cuarto de al lado, canto un viejo *arié de gabote*: un aria de pianino, tan doliente y tan pálido que parecía despertado bajo manos invisibles... Pero alguien estaba allí en la habitación de al lado, tras el tabique; de seguro: no podía dudar. Y ahora, en el silencio, y en la noche de la casa desierta, la música, débil y resonante, se deshacía en ritmos matizados y precisos; música de antaño, lentamente exhumada, *ariete ó chacone*, de gracias afectadas y débiles, viejo aire de colorete de otro siglo:

et qu'on croirait appris aux terres des portraits.

¡Pero, para reminiscencias de poetas estaba yo aquella noche! Entregado á mi pánico invasor, escuchaba, alzado sobre mis puños crispados en la almohada, y el sudor sobre los hombros, con la angustia atroz de que alguien pudiera entrar, algún sér de lo desconocido, que vagaba por allí y cuyas manos de sombra se retrasaban en aquel momento sobre un piano olvidado en el cuarto vecino. Y pronto á desmayarme sentía mi corazón flotar en mi pecho, y mis ojos, agrandados por el miedo, hacerse sonámbulos... cuando un gran viento desfloró mi cara y á través de la seda de las cortinas de mi cama, extrañamente recogidas, una queja, una voz de alma lloró en mis cabellos que se erizaron de pronto.

—“¡Compadéceme... compadéceme!”

La voz pronunció dos veces la frase. Loco de horror salté, desnudo, al medio del cuarto, y entonces oí, pero ¡ah! distintamente, el ruido de alguien que huía el crujido de una puerta que cierran y el chirrido de una llave dando vueltas en una cerradura... y nada más. El piano vecino se había callado, y en mi cuarto iluminado por la luna, las cortinas de la ventana, de un rosa pálido, caían rígidas, sin hacer un solo pliegue... Fuera, la lluvia había cesado, y sobre el cielo nocturno, de un gris lechoso y pálido, tres altas hayas, alzadas cerca de la casa de guarda, balanceaban sus cimas que zumbaban agitadas por el viento frío de la noche.

Al cabo de un rato recobré mi sangre fría. Coji mi *revolver* y me dirigí á la puerta de comunicación del cuarto vecino; procuré, en vano, abrirla; estaba cerrada con llave y resistió á todos mis esfuerzos. Me dirigí entonces á la puerta del corredor, pero la llave que había yo puesto en la cerradura ya no estaba allí, é intenté también, pero en vano, abrirla. Estaba encerrado; y el cuarto, cerrado.

Encendí, felizmente, una bujía, me puse el pantalón, la chaqueta y las pantuflas, puse ante una puerta una cómoda y ante la otra una gran poltrona bordada de rosa y verde pálido y me instalé en un sillón, á la cabecera de la cama, con los piés envueltos en una sábana, ahí el último libro de Anatole France, bien decidido á velar hasta el alba... Y me desperté á las diez de la mañana, desnudo y acostado en mi cama. De pié, á mi cabecera, el mozo de la granja, que hacía las veces de lacayo mío en aquella extraña casa de guarda, esperaba, respetuoso, mis órdenes.

—Pero qué hora es?—le dije.

—Las diez y media.

—Las diez y media! Entonces los otros estarán cazando!

—Oh! hace ya unas siete horas que están cazando! El señor puede oír desde aquí los tiros.

—Pero cómo! ¿Vd. me ha dejado dormir!...

—Oh! el señor duerme tan bien! El señor parecía tan fatigado y tan dichoso de dormir! el señor estaba tan pálido, que con franqueza no me he atrevido á despertarle, y le he dejado dormir. Aquí está el chocolate, señor.

Y con gesto torpe me enseñó la bandeja, puesta sobre la mesa de noche.

No había duda: yo había soñado. Sin embargo, una duda quedaba en mi cerebro. Al terminar de vestirme, viendo al criado ir y venir por el cuarto:

—Y la habitación de al lado—traté de decirle negligentemente... Pero me detuve, espantado de la brusca alteración de mi voz.

—La habitación de al lado!—dijo el mozo.

—Sí, la habitación de al lado, ¿quién duerme allí? ¿quién ha dormido esta noche?

—En el cuarto de al lado? Nadie, señor; nadie duerme ahí; las puertas están clavadas. Oh! no; nadie duerme ahí; ese era el cuarto de la señora marquesa!—El cuarto de la señora marquesa!

—Sí, señor; ahí ha muerto la madre del señor marqués, hace ya mucho tiempo; sí, hará unos treinta años!

Esto fué todo lo que pude sacar de aquel doméstico. Le despedí; cuando estuve solo procuré pegar mis ojos á los agujeros de las cerraduras... Trabajo perdido. Las persianas del cuarto vecino debían estar cerradas ó las puertas guarnecidas de tapicerías, porque



era imposible distinguir nada. Mi curiosidad tropezó con una muda obscuridad de lumbre. La noche siguiente me acosté en el castillo, durante el almuerzo, al cual hallé un medio para llegar con retraso, el marqués, informándose de la manera cómo había yo pasado la noche en aquel pabellón aislado de la selva, se excusó al haberse visto obligado á darme una habitación tan incómoda, pero añadió con una equívoca sonrisa: "uno de mis huéspedes ha partido esta mañana; su cuarto está desocupado y Francisco traerá esta tarde aquí la maleta de V. Dormirá V. en el castillo esta noche..."

Y nada más. Sin duda había sido yo víctima de una alucinación; mis nervios, cómplices de mi imaginación, impresionados por el aspecto de angustia y de sombrío abandono de aquel pabellón solitario, habían trabajado sobre sí mismos, durante mi sueño, y mi pesadilla no había sido, en suma, más que lo que son todas las pesadillas: la prolongación dolorosa de una sensación penosa.

Y sin embargo, desde que sé que la marquesa Simona Enriqueta de Hauthère, la madre de mi huésped, ha muerto á los 28 años, casi loca (según dice su familia), secuestrada por los celos de un marido partidario de otras épocas (según dicen otros), en ese aislado, extravagante y tristísimo pabellón de los bosques, me he preguntado si yo no había (azares de la vida) penetrado, á pesar mío, en algún misterio espantoso, si no había sido yo mezclado, una noche entre mis noches, á algún drama del Más-Allá!

Y luego... en la turbación de mis recuerdos de ayer, que se me aparecían ya lejanos... ah! tan lejanos... me había olvidado de decirlo... A la mañana siguiente de aquella noche terrible de visionario, paseando febril por el cuarto, encontré, sobre el mármol pulido, cubierto de polvo, una rosa, una pálida rosa blanca... cargada de lluvia, de pétalos húmedos, de tallo largo, hermosísima, sin espinas, durmiendo en el polvo... y en aquel polvo, la huella de cinco dedos... ¿Quién había dejado allí aquella flor y la huella de aquellos cinco dedos?

JEAN LORRAIN.

Caballero del siglo XVI

Cuadro de Aurelio Melero

Entre los jóvenes pintores cubanos, Aurelio Melero es, sin disputa, uno de los más aventajados; prolonga, con éxito notable, el nimbo de gloria con que han rodeado su apellido, primero su ilustre padre y su infortunado hermano después. Aurelio Melero comprende la pintura, la siente, y sabe expresarla. Puntos de vista le sobran, horizontes son los que le faltan.

La manía colorista que hoy priva, lleva al arte á una decadencia lamentable, porque ó emborracha con el color, ó conduce á un marcado amaneramiento; el justo medio, el equilibrio preciso es muy difícil de hallar. Antes que pintor, es necesario ser dibujante, si se quiere llegar á artista. El dibujo con todos sus elementos: líneas, claro-oscuro, modelado, anatomía... componen la obra artística; el color es lo accesorio, es un encanto más para los iniciados y un deslumbrador para los profanos. La prueba está en que con blanco y negro se trabajan lienzos admirables, y en que la fotografía no tiene colores, propiamente dichos.

Esta teoría, que es la sustentada por los grandes maestros desde hace algunos siglos, la sigue al pié de la letra el joven Melero. Así se explica que, teniendo aún pocos años de estudio, lleve ya pintados cuadros tan deliciosos como *La Cita*, *Taberna Militar*, *Arando*, y otros varios, entre los cuales se cuenta el que habrán visto los lectores á la derecha de estas líneas.

Caballero del siglo XVI es una tela de 1 x 0'50 metros, y fué pintada hará cosa de un año, sirviendo de modelo al artista el joven *dilettante* Antonio Rivero. Es un estudio de indumentaria, y como tal se aproxima bastante á la perfección. El traje es de la época, el decorado es bonito y majestuoso, la actitud corresponde á la categoría del personaje. El dibujo es bueno, armonioso el color, y el cuadro resulta equilibrado. En suma, esta obra de Aurelio Melero, que debe estimarse como estudio para lienzos de mayores dimensiones y composición, justifica la firma que va haciéndose á pasos de gigante, por cuadros, como si dijéramos.

Nosotros le animamos para que abandone el ambiente sofocante en que aquí se asfixia el arte, y en busca de horizontes despejados vaya á Europa. visite los museos famosos, estudie las obras notables de los maestros escogidos, y pueda así, en día quizás no lejano, honrar su patria.



Al toque de Angelus

Subí la torre desesperado,
contando sólo sus muchas gradas.
De cuando en cuando, triste tañía
dobles á muertos una campana.
Llegué á la cima... vi un horizonte
lleno de sombras, bajo mis plantas...
Anohecía... y el hondo valle
ya cobijaba neblina blanca.
Al cielo entonces, trémulo el órgano
lanzó sus himnos y sus plegarias...
tristes como ayes del que agoniza
y al cielo quiere tender sus alas,

como las tumbas,
como mis lágrimas,
como las nieblas,
como mi alma.

Torné la vista, quizás buscando
el dulce alivio de mis desgracias...
Aún tañía toques á muerto
entre las sombras una campana.
Con tardo vuelo cruzar veía
por el espacio nubes y garzas...

Anohecía... tan sólo el buho
en una ojiva su grito alzaba.
Con turbios ojos hallé en las sombras
su hogar querido, su bella casa,
ayer la cuna de mis amores,
hoy el sepulcro de mi esperanza,

de mis canciones,
de mis baladas,
de mis ensueños
y de mis ansias.

Dentro la iglesia, los viejos monjes
de Dios contritos, imploran gracia.
órgano y timbre, veleta y buho,
unen sus voces á las plegarias.
Después se escuchan pasos, y luego
vagos ruidos, y luego... nada!
Anohecía... vi al occidente,
de trecho en trecho, marmóreas lápidas
sobre las tumbas de los que moran
en insondable perenne calma...
y vi de un nicho volar al cielo
una paloma de plumas blancas

como la luna
como la escarcha,
como los lirios,
como las garzas.

Bajé la torre, siempre contando
una por una todas las gradas.
Las densas nubes ya se escondían
entre los flancos de la montaña.
Los tristes dobles, llamando á muerto,
ya no se oían en la campana.
Callóse el buho, ni la veleta
gimió en su eje... Naves y estatuas...
órgano y timbre... vagos rumores...
leves ruidos... todo fué calma.
Tendió la noche su negro manto.
Todo, sí, todo, ¡cuán triste estaba!

Como las tumbas,
como las lágrimas,
como las nieblas,
como mi alma.

ALEJANDRO A. FLOREZ.

Gacelines

La fuente que adorna el centro del Campo de Marte, va á ceder su puesto á un monumento dedicado á Cristóbal Colón.

Con este motivo las influencias han comenzado á moverse.

Unos pretenden que la fuente debe trasladarse á la plaza de Luz.

Otros que debe llevarse cerca del ángulo del norte de la casa de Gómez.

Aquellos alegan que convendría tener agua fresca á mano, para contener los ardores de los cocheros á la llegada de los vapores de Regla.

Los otros, que en el sitio indi-

cado podría hacerse una gran limpieza.

Y ni unos ni otros están en lo cierto: la fuente debe quedarse por ahora, donde está.

Y si viene el monumento... hablaremos.

Porque ha de llover algo todavía.

* *

—¿Albricias, pronto salimos de pena!
—¿Y cuándo, diga V. cuándo?
varias voces tembrosas exclamaron.

—Ya las cosas, dijo, se van arreglando: nuestro buen rey y señor el domingo entra en la Villa.

—¿De veras?

—¿Certo?

—¿No es grilla?

—¿Es seguro?

—No hay temor de equivocarme, señores: lo sé porque ha recibido la carta que ha dirigido á sus buenos servidores.

En ella toda su alma á sus amigos envía, y dice que, hasta ese día tengan calma, mucha calma.

Alegres, esperanzados, los carcas hojalateros se miraron placenteros dichosos, regocijados...

Mas un pobre de Alcañiz, que nunca solía hablar, rompió entonces á llorar como un niño, el infeliz.

—¿Qué le pasa?

—¿Por qué llora?

—¿Qué turba así su alegría

si ya está cercano el día
—Cercano sí, en mala hora

¡Maldita mi suerte insana!

El domingo va á venir
y sólo puedo vivir
hasta pasado mañana!

Los que ponen la paciencia á contribución constante, tomen ejemplo bastante de este caso en la experiencia.

*No se fie en la esperanza
quién de aguardar no haya medio:
si viene tarde el remedio,
jamás su remedio alcanza.*

* *

Permítid como caso extraordinario un recorte, al que sigue un comentario.

En Turquía es fama que los burros no rebuznan más que cuando se lo permiten sus amos.

Para rebuznar, lo primero que necesita un burro es apuntar el morro al cielo y levantar el rabo á la altura del lomo.

Los turcos han observado esto y les atan una piedra ó un peso cualquiera á sus burros en el rabo. Cuando el pollino se siente acometido de ganas de rebuznar, trata de levantar el rabo, y no pudiéndolo, deja el rebuzno para mejor ocasión.

Del caso me maravillo, es el remedio sencillo y fácil, para cualquiera, con llevar en el bolsillo un pedazo de cantera.

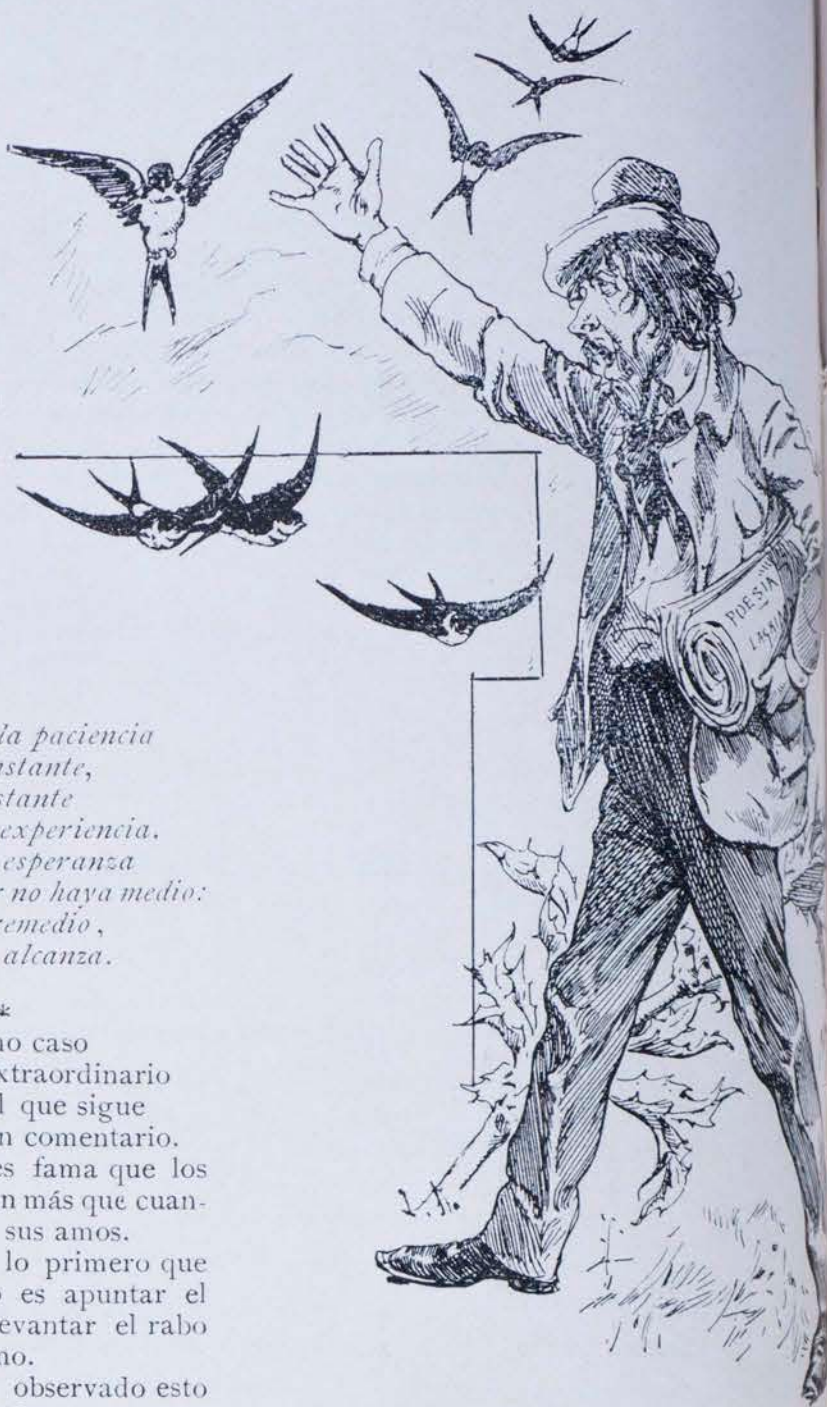
Que, fungiendo de orador, se destapa un regidor aunque no dé pié con bola... A ese, será lo mejor atarle un canto á la cola.

Que se dispare un poeta ó que un médico receta por bismuto, cardenillo... Al instante se le espeta en la cola un buen ladrillo.

Que fulano se figura ser un crítico de altura y da, por una en el clavo doscientas en la herradura... Ponedle un ladrillo al rabo.

Pero, Fabio, no imagines realizar tales fines, pues si eso hacerse pudiera, de fijo, la Habana entera se queda sin adoquines.

MONTE CARLO.



Cuentan que, allá por los años de treinta y tantos, lo menos, unos carcas, de los buenos y á prueba de desengaños, se juntaban diariamente en el famoso café que un tiempo de Pombo fué, cerrado recientemente.

Allí la hojalatería establecieron al punto y cada punto, un adjunto llevaba á allí cada día.

Daban suelta á su ilusión y á la fantasía pasto: pero, hacía poco gasto tan nutrida reunión.

Pues si uno café tomaba con la tostada famosa, seis no hacían otra cosa que mirar al que tragaba.

Y si un nuevo personaje á la reunión quería obsequiar, nadie le hacía de rehusar, el ultrage.

Pero se escamaba pronto el más cándido entusiasta y un día decía basta...

Una noche—y era un martes—llegó un grave concurrente y acercándose á la gente dijo:

—¿Vieron ya los partes?

—No señor.

—Pues esa es buena.

—¿Hay noticias?

—Hay noticias

y buenas...

—¿Buenas?

EN UN ALBUM.

¿Qué cualidad estima V. más en el hombre?—La lealtad.

¿Cuál en la mujer?—La constancia (por lo rara).

¿Qué rasgo característico le domina á V.?—La desconfianza.

¿Cómo comprende la felicidad?—Amando y siendo amado.

¿Cómo la desgracia?—Cuando el alma se encuentra sola.

¿Dónde quisiera vivir?—Rico, en París, y pobre, en Madrid.

¿Qué es lo que más anhela?—La paz del amor y escribir mi nombre en la historia.

¿Quiénes son sus poetas, actores y dramaturgos favoritos?—Fray Luis de León y Goethe, Sarah Bernhardt y Vico, Calderón y Shakespeare.

¿Cuáles sus músicos, novelistas y escritores?—Rossini y Gounod, Zola y Palacio Valdés, Taine, Renán y Menéndez Pelayo.

¿Cuál su pintor y su cuadro?—Leonardo de Vinci y *La Cena*.

¿Quién es su maestro?—Clarín.

¿Qué hechos históricos le agradan más?—Las revoluciones.

¿Cuál es el que más le disgusta?—El cautiverio de Bonaparte en Santa Elena.

Si no fuera quien es, ¿quién querría ser?—Cristo, ó un carretonero.

¿Cuál es su estación predilecta?—La primavera.

¿Qué pasión le parece la más noble?—La caridad, bien entendida.

¿Prefiere V. la poesía ó la prosa?—Las dos me gustan mucho, pero en absoluto prefiero la prosa.

¿Cómo entiende V. la prosa?—Escribir de la manera que se desearía hablar.

¿Cómo la poesía?—Prosa rimada.

¿Qué libro lee más á menudo?—La historia.

¿Qué poema le gusta más?—“La divina Comedia.”

¿Qué personajes fingidos le simpatizan más?—Masculino: el Dr. Egra, y femenino: la Margarita del *Fauslo*.

¿Cuál es su divisa?—Todo ó nada, siempre ó jamás.

¿Qué clase de talento prefiere?—El que se apoya en la ciencia, pero nace en el corazón.

¿Qué género de belleza prefiere?—En asuntos de estética profeso el eclecticismo.

¿Qué faltas encuentra más disculpables?—Las faltas de los que aman.

¿Qué es lo más difícil de hallar?—Alguien que nos comprenda.

¿Qué ocupación le agrada más?—Como trabajo, leer y escribir; como recreo, fantasear.

¿Ama V. lo ideal ó lo positivo?—Lo ideal en cuestiones psíquicas, lo positivo en la vida práctica.

¿Qué espectáculo recrea más sus sentidos?—La caída de la tarde.

¿Quiénes son su mejor amiga y su mejor amigo?—Amigas tengo dos: mi madre y mi adorada; pero amigos... mi padre murió ya.

¿Cuál es para V. la más simpática opinión política?—La que lleve la libertad más adelante.

¿Qué consejo daría verdaderamente á la persona amada?—Que siguiera siempre los impulsos de su corazón.

¿Desea llegar á la vejez?—No lo deseo, porque ya he llegado: estoy viejo por dentro.

¿Qué color, qué bebida, qué perfume y qué flor le agradan á usted más?—El color azul. El vino de Champaña. La esencia lilas blancas. El jazmín del Cabo.

¿Es V. feliz ó desgraciado?—Lo uno ó lo otro, según me trate quien me quiere.

¿Defíneme el amor?—Saturarse de otra persona y dedicarse á ella, de una vez para siempre, con la abnegación de la madre, el respeto del hijo, la fe del creyente, la obediencia del esclavo, la sumisión del siervo y la protección del señor.

Mart, 11 sept. 94.

CÉSAR DE MADRID.

Estadística de la Prensa

A la amabilidad de nuestro distinguido amigo el Sr. D. Manuel J. González, celoso y digno jefe del negociado de la prensa en el Gobierno General, debemos la siguiente curiosa estadística de los periódicos que se publican actualmente en esta isla.

En la actualidad se publican en la isla 210 periódicos de todas clases, que por provincias se dividen del siguiente modo:

Provincia de la Habana.....	99	Provincia de Matanzas.....	21
Provincia de Santa Clara.....	50	Provincia de Puerto Príncipe.....	9
Provincia de Santiago de Cuba.....	25	Provincia de Pinar del Río.....	6
Total.....	210		

Las poblaciones de la isla en que mayor número de periódicos se publican son por su orden numérico:

Habana.....	85	Sagua.....	7
Santiago de Cuba.....	13	Santa Clara.....	7
Cienfuegos.....	11	Remedios.....	5
Sancti-Spíritus.....	9	Colón.....	5
Puerto Príncipe.....	7	Cárdenas.....	4
Matanzas.....	7	Trinidad.....	4

Los 85 que se publican en la Habana son:

Diarios.....	11	Decenales.....	3
Tri-semanales.....	7	Quincenales.....	6
Bi-semanales.....	10	Mensuales.....	13
Semanales.....	35		

Total: 85, quedando para el resto de la provincia 14 periódicos.

De los 210 periódicos que se publican son políticos 150 y los 60 restantes literarios ó profesionales.

En los políticos están incluidos algunos regionales porque con frecuencia tratan asuntos políticos ó francamente defienden uno de los partidos existentes.

Los 150 políticos se dividen en:

Conservadores.....	39	Estos 95 son órganos de los respectivos comités políticos de las localidades ó defienden francamente las ideas del partido en que se incluyen.
Autonomistas.....	37	
Reformistas.....	19	
Total.....	95	

Independientes..... 55

Total general..... 150

De estos 55 independientes puede hacerse la siguiente división, sin que pierdan su carácter de tales.

Simpatizan ó apoyan las soluciones liberales en general.....	18
Simpatizan ó apoyan las soluciones conservadoras en general.....	12
Independientes, propiamente dichos.....	25
Total.....	55

Resumen general de los 150 periódicos políticos:

Conservadores.....	39
Autonomistas.....	37
Reformistas.....	19
Independientes, de tendencias liberales en general.....	18
Independientes de tendencias conservadoras.....	12
Independientes en absoluto.....	25
Total.....	150

Los 60 periódicos no políticos pueden subdividirse en:

Profesionales ó órganos de asociaciones no políticas.....	38
Económicos.....	3
Puramente literarios.....	19
Total.....	60

Los 38 que son propiamente profesional ó órganos de asociaciones no políticas pueden subdividirse en:

De medicina ó farmacia.....	11
De derecho.....	3
Organos de corporaciones ó asociaciones benéficas de socorro.....	13

Crónica

LA VIDA HABANERA

Fiestas celebradas y por celebrar, en número considerable, se amontonan en las páginas donde el cronista, en peregrinación constante á través de un mundo de noticias, va apuntando todo lo que ha visto y todo lo que le han dicho, para dejar en la crónica que se repite de sábado en sábado la impresión total de la semana.

La vida habanera, con su sabor á ciudad europea, donde las familias viajan, gustan del arte, se ama el *sport* y se asiste á la playa con el mismo hábito de elegancia con que se acude á los salones distinguidos, la vida habanera—repito—ha tenido puestos todos sus encantos, en los meses que se han sucedido desde mayo á la fecha en los alegres, simpáticos y mundanos sucesos desarrollados en el curso de la temporada de verano.

Va todo eso, tan dulce y tan delicioso, está pronto á expirar. El cuadro de la crónica cambiará, porque así responde al cambio que se opera en la sociedad.

Al eco de las fiestas del balneario, de la cabalgata, del paseo en *yacht*, sustituirá la nota de la *soirée*, del salón que se ha abierto, de la ópera que reúne en el gran teatro á todo el contingente distinguido de la capital, de todo aquello que sintetiza el programa de la sociedad habanera durante la estación invernal.

El verano toca á su término y ya en las playas de Europa y los Estados Unidos, lo propio que en nuestros cercanos pueblos de temporada, se ha iniciado el retorno de los que nos abandonaron, huyendo del calor y de la monotonía, para buscar bajo otro clima y dentro de otra sociedad, nuevos ambientes y nuevas emociones.

EL FÍGARO ha despedido á su director—que á estas horas navega hacia las costas de la Península—con una *matinée* que se celebró el domingo en la morada de los esposos Catalá, el joven y simpático ma-

trimonio á quien profeso inalterable amistad.

Es una fiesta de casa, y quizás un sentimiento de modestia pudiera redimirnos de la misión de describir la *matinée*.

Pero mi pluma caería apenada de mis dedos al ver desaparecer, sin trazar algunas líneas en su honor, lo que ha constituido el asunto que ha tratado con preferencia, entre aplausos y elogios, la crónica de nuestra prensa diaria.

Muchas y muy distinguidas familias de nuestra sociedad, así como un numeroso grupo de escritores, se reunieron en lo que es el hogar de EL FÍGARO, para gozar de los atractivos que brindaba el programa musical.

Describir número por número, deteniéndose en cada detalle, daría larga extensión á mis apuntes. Todos, por igual, contribuyeron al hermoso resultado y todos ya han tenido, de parte de los cronistas que han reseñado la *matinée*, como ya tuvieron del público que los admirara, los aplausos á que eran merecedores.

Nunca están demás, sin embargo, algunas excepciones. Sería imperdonable omitir el éxito halagüeño de Carmen Bazán y Manuela Tejedor, las modestas señoritas que enaltecen el nombre artístico de la academia de canto del Sr. Enrique Jordá. Las señoritas Bazán y Tejedor cantaron los números que les correspondía del programa, con arte, con *esprit*, con verdadera gracia, especialmente el conocido y delicioso dúo de *Boccacio*.

Brindis de Salas tuvo con EL FÍGARO una deferencia que traducimos en uno de los triunfos de la fiesta deliciosa, sólo ensombrecida por la idea del amigo y el compañero que á las pocas horas había de apartarse de nuestro lado.

El eminente violinista cubano, que entre otros títulos ostenta el de ser profesor del Conservatorio Imperial de Berlín, hizo su reaparición ante el público de la Habana, escogiendo la

matinée ofrecida por este semanario.

Brindis es el artista de siempre: notable, maravilloso, justificando su título, universalmente proclamado, de "rey de las octavas."

Gonzalo Núñez estuvo admirable. La *Mariposa*, exquisita composición del notable pianista puertorriqueño, fué aplaudida con verdadero entusiasmo.

Nada más que alabanzas tributaria si hiciera mención de los celebrados artistas de Albisu, señores Buzzi y Villarreal, que amenizaron notablemente nuestra *matinée*.

Para el Sr. González Gómez—el conocido *Musico Viejo* de las crónicas musicales—mi saludo de felicitación por haber acompañado al piano, con su gusto habitual, á los señores Buzzi, Villarreal y Brindis de Salas.

Ni una palabra más después de las halagüeñas frases con que la prensa ha reseñado la fiesta de EL FÍGARO: y rematen estas líneas los nombres de las personas que cumplieron con nuestra invitación:

Enrique José Varona, Raimundo Cabrera, Dr. González Curquejo, Nicolás Heredia, Triay, Hernández Miyares, Dr. Gener, Felipe Demestre, Zerep, Sarachaga, Ignacio Cervantes, Juan José Ariosa, Acevedo, Julián Ayala, José Ma Lasa, Pomar, Cubas, Casaux, Crusellas, Pomar, García Garófalo, Zamora, Catá, García Cisneros, Zardoya, González Gómez, Jordá, Wen Gálvez, Andrés Clementa Vázquez, Ramón Mesa, Casado, Nápoles, Del Barrio, Goicoechea, Gatell, Coronado, Betancourt, Mario García Kohly y Fontanills.

Tal concurrencia se encontraba hermozada por damas tan distinguidas como las señoras Del Monte de Del Monte, Lola Tió, de González Curquejo, de Cabrera y de Betancourt.

Era necesario una nota delicada para esta crónica y nada mejor que el retrato de un niño.

Surge aquí *Manolito* Carranza, como una sonrisa.

No necesita silueta porque no tiene historia; su historia es alada, vaporosa, como su existencia, feliz y encantadora, que se cifra en colmar de alegrías el hogar de sus amantísimos padres.

Hoy podemos llamarle *Manolito*. Mañana habrá necesidad de llamarle, con más seriedad, por sus ilustres apellidos mejicanos Carranza y Acuña.

Es inteligente, vivaz y de miradas picarescas. Todo un señorito, destinado a un porvenir elegante, que apenas levanta dos cuartas del suelo, para seguir la vulgar expresión.

Para aprender las dos grandes virtudes de la vida—el amor y el trabajo—no tendrá *Manolito* que salir de casa. Ha tenido de esas virtudes un ejemplo constante á su vista dado por sus buenos y estimadísimos padres.



MANUEL CARRANZA Y ACUÑA

En el Casino Español se bailará el día 23.

El programa del baile está á cargo de la orquesta de Valenzuela y de la Banda "Santa Cecilia."

La idea de los certámenes de belleza—felizmente iniciada por EL FIGARO—ha cundido con entusiasmo.

Muchos periódicos han celebrado ya certámenes á imitación nuestra y nos congratula cuando vemos que se llevan á cabo con el lucimiento con que lo ha hecho *La Primavera*, bonito y progresista semanario que dirige en la vecina villa de Guanabacoa el joven César Pastoriza.

La Primavera ha cerrado esta semana las votaciones del certamen con el resultado siguiente.

Triunfadoras:

María Luisa Montalvo, María Antonia Ruenes, Marina Campos, Dolores Morales y María Teresa Guitart.

A todas—muy bellas y adorables—mis saludos de enhorabuena.

La muerte del Sr. D. Andrés Valdés Chacón—ocurrida el domingo—ha sido muy lamentada.

El Sr. Valdés Chacón estaba relacionado con lo más distinguido de nuestra sociedad, y sus salones se han abierto en diversas épocas para fiestas selectas é inolvidables.

A todos los deudos del distinguido caballero que acata de bajar á la tumba, envío el testimonio de mi condolencia.

Viajeros para New York:

A principios de semana se embarcó el correcto caballero Sr. Fermín Goicoechea, acompañado de su elegante esposa.

Ayer sábado, salió el Sr. Marqués de la Real Proclamación con sus hijos D. Carlos y D. Juan Francisco Morales.

También se embarcó ayer el conocido *clubman*, Pancho Montalvo, tan conocido en nuestros círculos sociales.

Albisu ha tenido noches muy concurridas durante la semana, una por el beneficio de Buzzi y otras por los conciertos de Brindis de Salas.

El beneficio del tenor Buzzi se efectuó el miércoles con *El Anillo de Hierro*. Un éxito en la escena y otro éxito en la sala, como que en los palcos se destacaban señoritas tan graciosas como Matilde C. Rabell, Nena Ariosa, María Isabel Mendoza, María Fabián, Mercedes C. Rabell y María Luisa Herrero.

Y de Albisu pasó á su vecino el Bazar.

Se inauguró el sábado con una gran concurrencia, entre las que figuraban, alrededor de las milaless, numerosas y distinguidas señoritas.

El Bazar ha permanecido abierto durante la semana y todas las noches ha desfilaro por el amplio local un número crecido de personas y se han llevado una cantidad considerable de premios.

Los miércoles y sábados han sido señalados como días de moda.

Mi más afectuosa bienvenida para los señores Condes de la Mortera, que, acompañados de sus hijos, acaban de regresar á la Habana después de haber pasado una agradable temporada en los Estados Unidos.

Se dice que los Sres. Condes de la Mortera no tardarán en inaugurar sus recepciones mensuales.

Enrique Segundo Alberto és el nombre de un nuevo cristiano, una monísima criatura que es el encanto y alegría del hogar de los jóvenes y muy estimables esposos Sra. María Fonte y Sr. Enrique Novo, redactor de *La Unión Constitucional*.

La ceremonia se celebró el domingo en la severa capilla del Obispado, en presencia de un escogido número de familiares y amigos de los esposos Novo.

Padrinos: Sra. Esclavitud González viuda de Fonte y Sr. D. Segundo García Tuñón.

Una noticia que será acogida con agrado: la ideal Sta. María Adam, ya se encuentra restablecida de la dolencia que le obligó á guardar cama durante algunos días.

Mis felicitaciones, adorable María.

La "Sociedad del Vedado" se ha despedido el jueves de sus brillantes reuniones semanales.

Lo más saliente, que debo contar á propósito de la simpática *Sociedad* es el baile que proyecta para cerrar la temporada actual.

Se celebrará el jueves 27 con la orquesta de Valenzuela y será á beneficio de la *Sociedad*, que tantos gastos ha tenido que hacer para sostener, con el lucimiento que lo ha hecho, las fiestas que ha dado en estos últimos meses.

El *clon* del baile será el *cotillon*.

Para dirigir las figuras han sido nombradas, más que nombradas, proclamadas, dos señoritas tan bellas y distinguidas como María Antonia Calvo y Mercedes Romero.

Una comisión de señoritas y la directiva de la *Sociedad* se encargarán de la venta de las papeletas de invitación.

Trátase de un baile que será un acontecimiento.

Dos notas de la temporada del Mariel:

La distinguida familia del señor Eeandro Sell y Guzmán, ha retornado á su hermosa casa de la Habana.

El Sr. Colín de Cárdenas y su muy estimable familia permanecerán en aquel pintresco pueblo hasta fines de mes.

En la sociedad *Aires d'a miña terra*, se celebrará el próximo día 21 un gran concierto, organizado por la Sta. Blanca Llisó, la joven y notable pianista del Conservatorio de Madrid.

El programa está combinado con

muy buen gusto, y entre las piezas que habrá de aplaudir el público, cuéntanse algunas celebradas composiciones de la valiosa artista.

El establecimiento tipográfico *La Especial*—Bernaza, 24—casa editora de este periódico, está imprimiendo la segunda edición, corregida y aumentada, de la excelente obra del Dr. Ambrosio González del Valle, titulada *Legislación sobre cementerios*, la cual se pondrá á la venta, al precio de 50 centavos, dentro de pocos días.

Damos esta noticia á los anunciantes que en la edición anterior pusieron sus anuncios, participándoles que esta vez obtendrán grandes rebajas.

En la parroquia del Guadalupe, á las dos de la tarde del domingo último, recibió las aguas del bautismo la preciosa niña María Josefa Cira, hija de nuestros estimados amigos el Ldo. D. Manuel María Coronado y la Sra. Amelia Castañer. Apadrinaron á la neófita la elegante dama ltima. Sra. María Luisa Castañer de Gispert y el joven abogado D. José Agustín Coronado. La fiesta fué íntima á causa del reciente luto que guardan los padres de la nueva cristiana.

Nuestro distinguido amigo el joven licenciado en Filosofía y Letras don José A. Rodríguez García, ha establecido en Galiano, 75—altos—una *Academia General Preparatoria*, que está llamada á prosperar. Las clases son desde las 7 de la mañana hasta las 10 de la noche, el personal es idóneo, y se enseña por un nuevo sistema, formando clases que no exceden de seis alumnos. Se explican cursos especiales de primeras letras, dibujos é idiomas; se prepara á los estudiantes de las enseñanza doméstica y libre, y se repasa á los de la oficial.

Damos nuestra enhorabuena al notable profesor Sr. Rodríguez García, por haber montado tan provechosa institución, y la recomendamos eficazmente á nuestros abonados, advirtiéndoles que en esta Academia la enseñanza es verdad.

El viernes, á bordo del *Montevideo*, llegó á esta ciudad, de vuelta de su excursión á Puerto Rico, nuestro querido amigo y compañero de redacción el fácil poeta Juan B. Ubago.

Damos la bienvenida más cordial al aplaudido autor de las *Moléculas* y anunciamos á nuestros abonados que en números próximos publicaremos las impresiones de viaje que Ubago trae esbozadas en su cartera.

Y ahora, por este medio reciban los muchos amigos del poeta su saludo de regreso.

El día 8, á las 3 de la mañana, contrajeron matrimonio, en la parroquia de Artemisa, el ilustrado profesor D. Manuel Núñez y Reyes, con

la distinguida Srta. Elvira González y Arocha. Fueron padrinos de manos: la Sra. Josefa Arocha y D. Federico González, madre y hermano de la desposada, respectivamente, y y padrinos de velaciones la Srta. María Cleofé González y D. Enrique González, también hermanos de la novia, como asimismo el virtuoso sacerdote que los bendijo el P. Guillermo González.

La numerosa concurrencia que asistió al acto fué obsequiada prolijamente, y en el tren de la mañana partió la enamorada pareja para Matanzas donde el esposo tiene establecido un excelente colegio.

En la mañana de hoy, sábado, falleció la virtuosa señora Catalina Meza de Mendiola, dama conocida y estimada en nuestros mejores círculos, no sólo por sus méritos personales sino también por pertenecer á una de las familias más distinguidas de la Habana.

Muy de veras lamentamos tan sensible pérdida y enviamos nuestro sentido pésame al Ldo. D. Fermín de Mendiola, á sus hijos y demás familiares, entre los que se cuenta nuestro querido compañero el novelista señor don Ramón Meza.

Una boda en la parroquia del Espíritu Santo.

Fueron los contrayentes la señorita Consuelo Gómez—tan bella como amable—y el Sr. José Rosell, apreciable director del colegio San Luis.

Apadrinaron el acto la señora Césara del Nodal de Terán y su señor esposo D. José Terán, tíos de la desposada.

Le mot de la fin, como escribía *Fleur de Chic*.

Es una *incógnita* olvidada por Mario y que otro cronista quiere *perfilar*.

Es una señorita cuyo nombre habéis visto muy pocas veces en las crónicas.

Su vida se ha deslizado en el reatrimiento de los salones y de las fiestas elegantes, porque su corazón—un corazón de artista—ha sido eternamente un nido de ideales.

No es su existencia la doliente existencia de una decepcionada, pronta á entonar en todos los momentos la elegía de una pasión troncada, porque el arte—la pintura, que es su encanto—la ha hecho sustraer de ese castigo de que ha hablado Alfredo de Musset para todos los seres que por haber adurado de todos los atractivos y de todas las ternuras arrastran una vida más horrible que la muerte.

La he visto una mañana, destilar por la galería de los baños del Vedado y el luto de su traje no me hizo pensar ni un instante en memorias rotas ni en promesas difuntas.

Las ilusiones son como las estrellas: mientras más negro esté el cielo, brillan con mayor intensidad....

MEFISTOFEL.

La Acacia

GRAN JOYERIA

SAN RAFAEL, 12

Esta casa es la predilecta de la sociedad elegante de la Habana.

El Sr. D. Manuel Cores, socio viajero de *La Acacia*, visita constantemente los principales centros de la moda europea para enviarnos lo más original y lo más fino.

San Rafael 12



La Acacia

Artículos de fantasía

SAN RAFAEL, 12

Figuras de bronce, estatuillas de terracota, calamina, lámparas Victoria para gabinetes, juegos de café de plata, jarrones de China, vasos indios.

Recibimos por todos los correos grandes novedades de Alemania, Francia, Austria y Suiza.

Habana